

TEOLOGIA Y VIDA

La palabra "teología" suscita en muchos el espectro medieval de extrañas teorías sobre doctrinas y opiniones de poca o ninguna relación al hombre y su labor diaria. Si pretendemos, pues, relacionar en un mismo título de revista estos dos términos al parecer antagónicos, preciso es que dediquemos este primer número en gran parte a mostrar que, para quien profesa creer en Dios, no pueden oponerse.

Sin adelantarnos demasiado en el tema común de los siguientes artículos, se nos permitirá afirmar que el divorcio entre estos dos términos y lo que significan constituye ese mal mayor de nuestros tiempos que se llama el "secularismo" — el buscar nuestro cielo aquí en la tierra; el valorizar nuestras acciones por lo útil ("utilitarismo"); el juzgar todo intento, aun en lo espiritual, por los resultados inmediatos que produzca ("pragmatismo").

Tales actitudes no nos sorprenden en los que francamente no creen en Dios o no esperan nada de Cristo. Mas nos alarman cuando las encontramos, como de hecho ocurre, en la gran mayoría de nuestros católicos, de la clase social que sean.

Para vivir como hombre es imprescindible pensar. Para vivir como Cristiano es imprescindible pensar la Fe. Para nosotros no basta que la Fe se esté pensando en Roma o en París o en Munich. Es preciso que la pensemos en Chile.

Ofrecemos este primer número a nuestros lectores y los convidamos a que nos acompañen de ahora en adelante — como lectores, como críticos, y como colaboradores. Porque tenemos necesidad de los tres, a todos agradeceremos igualmente.

Debemos agradecer a la curia de Santiago el artículo del Pbro. Dr. Dn. Fernando Jara sobre Vicarías Foráneas que, dada la actualidad del tema, creemos será de interés para nuestros lectores.

LA DIRECCION

Marcos McGrath; C.S.C.
Decano de la Facultad de S. Teología
Univ. Cat. de Chile.

¿QUE ES LA TEOLOGIA?

¿Es la Teología necesaria para el cristiano? ¿Qué es exactamente la Teología?
Con estas preguntas comienza Sto. Tomás su *Summa Theologiae*.

No son, en manera alguna, preguntas retóricas; no deben responderse demasiado rápidamente ni, una vez respondidas, pueden ser dejadas de lado como sin ulterior importancia.

A lo largo de las distintas edades del pensamiento Católico la misma pregunta ha sido formulada y respondida una y otra vez y en una y otra forma por S. Juan, Clemente de Alejandría, Orígenes, S. Agustín, Boecio, Abelardo, Sto. Tomás de Aquino, Escoto, Juan de Sto. Tomás, Belarmino, S. Juan de la Cruz, Billuart, Kleutgen, Billot y mil otros. Nuestros más grandes teólogos de hoy —Journet, Congar, Rahner, Garrigou-Lagrange, y otros— han estudiado y debatido el asunto indefinidamente. Y tiene que ser así. El debate no llegará a término porque es muy necesario que los fines y la naturaleza de esta ciencia que llamamos Teología sean continuamente objeto de nuestra consideración. Dejar de hacerlo sería caer en la rutina. La Teología se convertiría en el simple curso de los ramos prescritos para la ordenación sacerdotal, de ninguna manera necesaria para el laico ni muy interesante para el mismo sacerdote.

Sabemos bien que la fe es necesaria para salvarse. Aclaremos, pues, nuestra discusión distinguiendo entre la fe y la teología para ver después si ésta también puede considerarse como medio necesario para alcanzar el cielo.

La Fe es una virtud sobrenatural por la cual creemos ser verdadero aquello que Dios ha revelado, no porque lo entendamos, sino simplemente porque Dios lo enseña (1). La Teología comienza cuando el creyente aplica su propia inteligencia al objeto de su fe y trata de entenderlo, artículo por artículo, cada uno en sí mismo y en relación con los demás. La teología coincide con la filosofía en que el agente activo es la razón y sus instrumentos lógicos, en cierta medida, están tomados de la razón y del conocimiento natural. Pero difieren completamente en cuanto aquella supone como aceptado e inmutablemente verdadero, con una autoridad muy por encima de la razón humana, todo lo que Dios ha revelado y lo que la Iglesia enseña. Sin fe no puede haber auténtica Teología. Es preciso creer antes de tratar de en-

(1) Cf. Concilio Vaticano, *Constitución de la Fe*, Denzinger B. 1789.

tender lo que Dios nos ha dicho acerca de sí mismo y de su relación con el mundo (2).

En la teología combinamos los dos órdenes de conocimiento, fe y razón, que son distintos “tanto en su fuente como en su objeto” (3). De aquí la dificultad de definir claramente la naturaleza exacta de la Teología (4). Tal vez procedamos mejor describiendo cómo ella comienza y se desarrolla.

La primera tarea de la Teología, vale decir de la razón dentro de la fe, es la clara exposición o “posición” de lo que debemos creer. Es lo que se llama Teología *positiva* (5). Estudia las fuentes de la revelación en la tradición viva de la Iglesia (6), —tradición escrita y oral, pasada y presente— con la ayuda de variadas y numerosas ciencias humanas (historia, arqueología, lingüística, etc.) con el fin de exponernos, de la manera más completa y extensa posible, la plenitud de lo que se nos ha dado creer.

Pero “Habiendo sido recibida la Fe en el alma no está allí sin vida ni movimiento. Es, por el contrario, una entrada en el mundo de la vida eterna y su movimiento interno va hacia una cierta penetración de su objeto” (7). Y por eso es que el teólogo, ya en el proceso de determinar cuál es el objeto de la fe, está empeñado en una contemplación intelectual de su significado. Muchas historias de la

-
- (2) Hay varias fórmulas clásicas que expresan este hecho. S. Anselmo decía: “Fidens quaerens intellectum”, “creyendo para poder entender”, frase que comenta Sto. Tomás en la *Summa*, I,1,7. San Agustín, reconociendo, además, el papel de la razón para conducirnos a la fe, decía en frase muy citada en el medioevo: “Intellige ut credas, crede ut intelligas”, entendiendo para que creas, cree para que entiendas”.
- (3) Conc. Vatic., *ibid.*, DB. 1795.
- (4) Así escribe Cayetano en su comentario a la *Summa Theologica*, in II,17,5, n.2: “La teología difiere de la fe en que ésta perfecciona el entendimiento respecto al acto de asentimiento, mientras la teología lo hace en lo que se refiere al acto de saber, que supone asentimiento y evidencia; y, en efecto, el acto de asentimiento es perfeccionado por la fe mientras que el acto de saber no es hecho perfecto por la ciencia teológica...” El P. Lumbreras, O.P., en *De Fide*, Angelicum, Roma, 1937, escribe en la p. 21: “La fe y la teología son entre sí como, en el conocimiento natural, el entendimiento y la razón. La fe y el entendimiento son hábitos de principios, de los que proceden hacia las conclusiones, la teología y la razón”. K. Eschweiler, en *Die Zwei Wege der neuen Theologie*, Augsburg, 1926, p. 111: “... la Teología no es ni revelación divina ni pura razón. Tal vez pertenece a las *res mixtae*. Su peculiaridad está tal vez en el “tanto-como también” de una así llamada, “tensión...” Si el conocimiento teológico es diferente de la gracia divina de la revelación y de la fe, no obstante, representa, frente a la pura filosofía, historia, psicología, un *hábito* y un *acto* científico específico, ¿cómo determinar aquello que constituye su carácter propio? No se hará con un “justo medio” ni con una oscilación de un extremo al otro... (es preciso alcanzar una clara percepción de la) relación del pensamiento y de la acción natural del hombre con el orden divino de la gracia”.
- (5) Cf. S. Thom. in *Quodl.* 4,a.18 y en Prol. de *Super Boet. de Trinit.* para una distinción clara de la teología positiva y la especulativa, según que “se use más la autoridad (positiva) o la razón (especulativa)”. *Quodl.* 4,a.18).
- (6) Muchísimos estudios se han escrito últimamente no sólo sobre la noción de la teología, de que ahora tratamos, sino también sobre la fe misma y todas las demás nociones relacionadas con ella, como revelación, dogma, evolución del dogma, etc. Sobre la noción de Tradición (y Magisterio) consúltese el excelente artículo de Walter J. Burghardt, S.J., “The Catholic Concept of Tradition in the Light of Modern Theological Thought”, en *Proceedings of Sixth Annual Convention*, The Catholic Theological Society of America, Washington, 1951, pp. 42-75.
- (7) S. Agustín, *De Libero Arbitrio*, l. II,c.2,n.6. P.L. (Migne) t. 32, c, 1243.

Teología (v.gr. Grabmann), comienzan con la Edad Media o, a lo sumo, con S. Juan Damasceno o S. Beda, so pretexto de que los padres anteriores no presentan una teología sistemática. En realidad, como lo ha mostrado claramente el P. Congar (8), los primeros Padres Griegos (Clemente, Orígenes, los Capadocios), en su esfuerzo por elaborar una inteligibilidad humana de Cristo y del Cristianismo, emplearon muchas categorías y definiciones de la filosofía pagana con lo que establecieron verdaderas escuelas de especulación teológica.

También S. Agustín utilizó, para la inteligencia de la fe, “todos los posibles recursos del mundo antiguo” (9), pero subordinando todo medio y elemento natural a la consecución de la sabiduría Cristiana que, para él, significa la contemplación piadosa de Dios por la fe que, al tiempo que dilata el alma con el amor, da una pregustación de la vida celestial. Característicamente rehusa considerar el conocimiento mismo, sea éste ciencia o sabiduría, separado de su efecto moral, o distinguir efectivamente entre conocimiento natural y sobrenatural, entre razón y fe, filosofía y teología (10).

Sto. Tomás hizo tal distinción. La introducción de Aristóteles entre los teólogos de los siglos XII y XIII produjo una poderosa metamorfosis en el método teológico (11). Los Padres se habían limitado, en su conjunto a hacer comentarios de la Sagrada Escritura mediante un cierto análisis textual y los autores posteriores, a componer comentarios semejantes de la Escritura y de los mismos Padres. El punto de partida era casi exclusivamente la autoridad. Abelardo, en el siglo XII, aplicó a la teología la “*logica novus*” de Aristóteles, recientemente introducida en Occidente —el silogismo y los diversos tipos de pruebas—, terminando en una teología de “*quaestiones*” que parte del texto pero se interna en problemas especulativos independientes del mismo. El comienzo del siglo XIII presenta el descubrimiento de los principios fundamentales de la filosofía aristotélica: su metafísica, psicología y ética. Todas estas adquisiciones lógicas y filosóficas permitieron que una serie de teólogos, cuya culminación es Sto. Tomás, introdujesen en la teología: 1) principios de determinación y elaboración racional de los elementos de la teología positiva, v. gr., gracia y naturaleza, gracia y virtudes, causalidad de los sacramentos; 2) la posibilidad de una organización sistemática verdaderamente racional de esos elementos; 3) una estructura científica (12).

Aunque Sto. Tomás no usa el término “teología” tan preciso ni exclusiva-

(8) Cf. Y. Congar, O.P. “Théologie”, D.Th.C. XV, 1946, cc. 346 sg.

(9) Congar. *ibid.* c. 353.

(10) *Ibid.*, cc. 351-352. Cf. también St. M. Gillet, O.P., *Thomas d'Aquin*, Paris, 1949, pp. 30-31. S. Agustín mismo expone su posición claramente en muchas partes (v.gr., *Contra Academicos Libri Tres*, l.III, c.XX, n. 43. P.L. t. 32, c. 957): La filosofía y las ciencias no aportan verdades en su propio nombre sino en cuanto sirven, como la creación misma, de valor simbólico para ayudar a la inteligencia de la verdadera revelación, la que viene de arriba y es espiritual. Cf. Congar, *Ibid.*, c.388.

(11) El mejor estudio de este proceso, en un tomo, es de M. D. Chenu, *Introduction a l'étude de Saint Thomas d'Aquin*, Paris, 1954. Cf. también el artículo ya citado de Congar cc. 359ss.; y los varios estudios y artículos de M. R. Gagnebet, O.P., de los cuales el más claro y resumido es “La théologie de Saint Thomas, Science Aristotélicienne de Dieu”, en *Acta Academiae Romanae Sancti Thomae Aq. et religionis catholicae* XI (1945) pp. 203-228.

(12) Congar, *ibid.*, cc. 375-377.

mente como los autores posteriores (a menudo habla más bien de "sacra doctrina", "haec doctrina", etc.) (13), distingue claramente, como hemos visto, la teología positiva de la especulativa, y atribuye a esta última un carácter genuinamente científico, enteramente independiente de su influencia moral y ascética en la vida cristiana (14).

"Ciencia", para Sto. Tomás, es el aristotélico "conocimiento cierto de las conclusiones por sus causas lógicas". La Teología, como ciencia, no sólo ordena los datos específicos de la revelación de tal manera que una verdad pueda ser ilustrada por otra, en la familiar "analogía fidei", sino que subordina las verdades entre ellas mismas en términos de su inteligibilidad lógica. Toda ciencia discursiva o deductiva procede de los primeros principios a sus conclusiones más particulares que, a su vez, son entendidas intrínsecamente como consecuencias necesarias de los primeros principios. En la teología los primeros principios son los artículos básicos de la fe, de los que fluyen lógicamente todas las otras verdades teológicas y en término de los cuales pueden ser demostradas y entendidas. El hecho que esos primeros principios no sean probados por la teología ni plenamente entendidos por el teólogo, sino que queden envueltos en el misterio y aceptados por fe divina, no disminuye en nada la naturaleza esencialmente científica de la teología. Como cualquier otra ciencia humana la teología acepta sus primeros principios de una ciencia más alta (en este caso, la ciencia de la visión beatífica), en las que son asidos y entendidos. Naturalmente la teología está en una condición imperfecta en el entendimiento del teólogo sujeto a la condición de "viator"; llegará a ser más perfecta únicamente en el cielo.

En verdad el único perfecto teólogo es Dios mismo, para quien la necesidad de todas las cosas existentes es plenamente evidente y en quien, por eso, la teología como ciencia está absorbida por esa virtud intelectual más alta de la sabiduría, por la cual todas las cosas son conocidas por su primera y última causa. Dios, en una mirada eterna, se conoce exhaustivamente a sí mismo y todo lo que quiere crear. El teólogo humano debe tender también a esta forma más elevada de visión teológica. El teólogo genuino, aunque con mirada nublada, ve el mundo y la vida y todo lo que ellos contienen, como Dios los ve. Esta contemplación teológica es sólo "paja" comparada con la mirada divina concedida en la contemplación mística, y menos que "paja" comparada con la misma visión beatífica. Es casi nada comparada con el conocimiento propio de Dios. No obstante es el más alto conocimiento que el hombre puede alcanzar en esta vida por su estudio, "una cierta participación de la verdadera y perfecta bienaventuranza" (15), y el último objeto de todos nuestros trabajos teológicos.

(13) Gagnebet, *De Sacra Doctrina* (expositio histórico-doctrinalis S. Thomae, I, 1) *Angelicum*, Roma, 1952, apuntes de clase.

(14) Congar, *ibid.*, c. 388.

(15) "La teología especulativa que es "como una cierta impresión de la ciencia divina" (I,1,3,ad 2) no tiene otro fin (*finis operis*) que esbozar, aquí abajo, el espectáculo intelectual que contemplaremos en el cielo, a fin de procurar a nuestro espíritu un pregozo de su propia porción en el goce del cielo (La consideración de las ciencias especulativas es una cierta participación de la verdadera y perfecta bienaventuranza". I-II,3,6). La fe nos manifiesta aspectos ocultos de Dios y nos revela los secretos desigmos de sus obras. Por el razonamiento científico (*modus syllogisticus*) la

En manos del maestro, el mismo Sto. Tomás, este gigantesco concepto de teología produjo esa magnífica visión contenida en la *Summa Theologiae*. Discípulos de inferior jerarquía, desde entonces, han falsificado repetidamente sus opiniones. Hoy, una vez más, estamos en medio de una ardiente controversia, que enfrenta a los teólogos, sobre la naturaleza y métodos de la teología. Se oye mucho de una vuelta a la Escritura, la Liturgia y los Padres y — cuando eso va junto con ataques a la super-racionalización de la teología, especialmente en categorías y terminología de un sistema filosófico determinado (escolasticismo) que habría hecho ininteligible la revelación a otras culturas (India, China) y nuevos modos de pensamiento (Existencialismo, física moderna) (16) — el ataque tiende a una vuelta a las exposiciones teológicas no sistemáticas de los primeros siglos cristianos: una sencilla crítica textual de las fuentes de la revelación y una aplicación inmediata de su mensaje a las necesidades morales de los tiempos modernos. Se oye hablar mucho de “teología kerygmática”, es decir, teología con un mensaje, teología predicable. Se arguye que la superintelectualización de la teología en compartimentos científicos es de escaso interés para nadie y que no da al sacerdote, en sus años de formación, un tronco vital con la revelación que lo capacite para remecer y renovar el agotado mundo del siglo XX. De aquí que se hable de una visión histórica, redentora, misionera de Cristo y del mundo, que debe animar nuestro ministerio de la Palabra de Dios (17). Hay otros, en cambio, que consideran todo eso como un rancio envilecimiento de la teología, eterna en su significado y en su mensaje, y muy por encima de modas de pensamiento transitorias y superficiales, establecida, como está, en las eternas verdades de la fe y de la *philosophia perennis* (18). Finalmente hay otros teólogos que sostienen que “ciencia” y “sabiduría” de la teología, como las explica Sto. Tomás, han sido mal entendidas, especialmente por los autores de los siglos XIX y comienzos del XX; que la visión unitaria de la teología ha sido obstruída por la división en disciplinas distintas (moral, dogma, derecho canónico, etc.) y compartimentos separados, a menudo presentados sin mutua relación; que la adquisición científica, por parte del teólogo, de la teología, no debiera impedir la reconversión de las verdades de fe en un mensaje vital de vida cristiana, más inquietante y fuerte porque más enraizado en una comprensión sapiencial de Dios y de su divina economía; en resumen, que es tarea de los teólogos de hoy día unir sus esfuerzos, bajo el magisterio vivo de la Iglesia, para elaborar una teología “nueva”

teología se esfuerza por encontrar en Dios, objeto primero de la fe, la explicación de todo el resto (*In Boet. de Trinit.*, q.II,a.2). Así, “modo humano”, reconstruye con la ayuda de las analogías creadas, utilizadas por la revelación, el objeto de la divina visión que Dios y los bienaventurados contemplan al descubierto”. Gagnebet, “Le Problème actuel de la Théologie et de la science aristotélicienne d’après un ouvrage récent”, *Divus Thomas*, a.XLVI, 1943, nn.3-4, pp. 268-269. Chenu ha publicado recién un estudio para el gran público sobre este tema en la Enciclopedia Católica dirigida por Daniel-Rops, *La Théologie, est-elle une science?*, Paris, 1958. Charles Journet, en *Introduction a la Théologie*, Paris, 1947, c.I, discute las diferencias entre contemplación teológica y mística.

- (16) Cf. Jean Daniélou, S.I., “Les orientations présentes de la pensée religieuse”, *Etudes*, Paris, T. 249, 1946, pp. 5-21.
 (17) Cf. P. Hitz, C.S.S.R., *L’annonce missionnaire de l’évangile*, Paris, 1954.
 (18) Cf. Santiago Ramírez, O.P., “Teología viva y vida teológica”, *Orbis Catholicus*, Barcelona, T. II, N.º 8-9, Ag.-Sept. 1959, pp. 128-135.

en los avances innumerables registrados en nuestro tiempo y en las muchas aplicaciones exigidas por cada hora que pasa, "vieja" en su tranquila absorción de esos detalles en la visión sapiencial del pasado, "eterna" en su absoluta fidelidad a la Palabra de Dios de la que es el feliz y humilde exponente.

Hemos de creer para salvarnos. Mas, dice S. Agustín, "habiendo sido recibido la Fe en el alma no está allí sin vida ni movimiento". Si nuestra fe es efectiva, si es verdaderamente real, pensaremos acerca de su objeto, comenzaremos a ser teólogos. Cada cristiano debe serlo so pena de que su fe se marchite y sucumba bajo la presión de ideales contrarios. Respondemos, con Sto. Tomás, que la teología es necesaria para la Iglesia y para cada cristiano. Debe haber teólogos de oficio que mantengan nuestro pensamiento acerca de la fe dentro de la ortodoxia, y que nos urjan a profundizar nuestro pensamiento dentro de esas líneas. Es preciso que cada sacerdote, ministro delegado de la Palabra de Dios, esté preparado suficientemente para guardar con celo "el depósito de la fe" (19). Pero eso no es todo. La teología católica hoy día, en muchos países y en muchos círculos, no sólo no eleva e informa el pensamiento y la vida, sino que es extraña, desconocida y, a menudo, despreciada. Por eso, precisamente, no podemos permitir que la angustia apostólica nos arrastre tras fáciles *fórmulas* de redención. Las mejores inteligencias de la Iglesia están hoy día trabajando en este problema. Quizá debemos nosotros moderar un poco nuestro afán a veces desmesurado de solucionar nosotros y en nuestros días todos los problemas que aquejan a la Iglesia; y reservarnos más tiempo para leer lo que dicen algunos de estos grandes pensadores católicos de hoy, aunque sea sólo a través de su reflejo en las páginas de esta revista.

El joven seminarista que cursa los años de teología prescritos por el derecho canónico se preguntará, quizá, qué tiene que ver toda esta "matemática celestial" en que lo están ejercitando con su deseo apostólico de traer almas a Cristo. La verdad es que se estudia ingeniería para ser ingeniero y medicina para ser médico, mientras la mayoría de los que estudian teología no lo hacen para ser teólogos sino para ser sacerdotes sin que se entienda, quizá, de manera convencida y personal, lo que el uno tiene que ver con el otro.

A esto se puede responder con una distinción de fines: *Finis operis* de la teología es la consecución de este hábito intelectual que capacita al hombre para mirar y entender todo a la luz de su última explicación (original y final) en Dios; *finis operantis* de la teología es ser instrumento de apostolado en la mente del futuro levita cuya inclinación, capacidad, tiempo o necesidades apostólicas futuras parecen aconsejarle que deje de un lado una buena parte de lo que se suele tratar con gran aparato científico en las aulas de teología. Esta distinción tiene su fuerza. No por ser de la buena teología han de entrar en la lección del profesor datos o pruebas o discusiones que sobrepasen demasiado el hábito teológico de sus oyentes.

Mas, parecería que la contraposición de teólogo y sacerdote se debiera a otro factor que nos conviene mencionar y aclarar. No parece ser el exceso de datos ni de procesos científicos en la teología lo que cansa y confunde, sino, al contrario, el quedarse, profesores o alumnos, en el cuerpo sistemático y científico de tesis y pruebas,

(19) I Tim. 6,20.

sin dejarse llevar por la meditación personal y prolongada de la realidad que se ha encontrado (teología positiva) y comprobado (teología científica); sin haber contemplado en Dios y por Dios toda la realidad.

Nuestro pueblo cristiano poco piensa su fe; no tiene ese hábito teológico de mirar cada problema diario a través del prisma de lo que creemos por Dios y la Iglesia. Es así que la fe se le hace irreal. El católico mediano se siente incómodo si se le habla de infierno o resurrección de la carne u otras doctrinas ultra-espiritualistas. Por no ejercitar su fe mediante *actos intelectuales* (fomentados por lecturas) deja debilitarse la virtud de la misma y llega a dudar, al menos dentro de sí, de muchos aspectos de la vida cristiana. Tampoco, y esto es más grave, reflexiona sobre los problemas diarios con mente y criterio cristianos. La mente cristiana, la mente de Cristo (20), nos haría ver y considerar todo lo que nos ocurre como parte del esquema de vida, Encarnación, salvación, etc., que nos explica el porqué de la vida. Pensar así, creer así, es poseer la teología en grado sapiencial.

En este sentido todo Cristiano necesita ser teólogo. De ser viva su fe será una fe teológica. En este sentido, también, todo sacerdote y seminarista ha de estudiar la teología, utilizando los esquemas técnicos de la clase para llegar en el silencio de su estudio, a una meditación segura, católica y personal, de lo que tal o tal aspecto de la fe le revela y lo que significa para él y para los que son o serán de su grey. Si logra guardar en sí lo científico de sus estudios sobrepasándolo al mismo tiempo por la visión personal que en una mirada enlaza a Dios y al hombre, su palabra dirigida a los fieles no sufrirá de excesivo tecnicismo ni de la inanición de quienes no predicán sino lugares comunes por considerar imposible reducir lo técnico de la teología a sus visiones más geniales y conmovedoras. El sacerdote teólogo, sumido en su contemplación de Dios, (más profunda que erudita, por cierto, para la mayoría, y así conviene que sea): *a Deo docetur, Deum Docet et ad Deum ducit.* (Alej. de Hales).

(20) I Cor. 2,16; "Nosotros, en cambio tenemos la mente de Cristo". Dom Anscar Vonier, O.S.B., discute la misión clara de la mente cristiana (general y especial) en *The Collected Works of Abbot Vonier*, London, c. 1950, Vol. I, Bk. 1, "The Christian Mind". Frank Sheed habla de lo mismo en las primeras páginas de su magnífica obra *Theology and Sanity*, London, 1947.